

La posmodernidad

Una visión desde América Latina

SERGIO ZERMEÑO

I

¿Por qué el estructuralismo althusseriano tuvo tanto éxito en América Latina y por qué lo están comenzando a tener las tesis de la posmodernidad?

Quizá porque en los dos casos se nos liberaba de algo: Althusser en uno de sus primeros y más famosos escritos proponía que a pesar de las contradicciones centrales del capitalismo, Lenin, en *Cartas desde lejos*, supo dar todo su valor en el momento de la coyuntura, en la voluntad política encarnada en el partido y así sobredeterminar las férreas tendencias de la infraestructura. Poulantzas y Bolívar fueron más allá: nos liberaron de plano de la obligación de supeditar nuestro pensamiento sobre la sociedad y la historia a lo económico cuando nos recordaron que este plano, en distintas matrices, adquiriría pesos variables y de ahí profundizaron la propuesta de la *heterogeneidad*, de la coexistencia de modos de producción con distinta predominancia entre infra y superestructura en una misma formación social. ¡Qué alivio!; cómo comenzaba todo eso a parecerse a la América Latina. Marta Harneker, en fin, coló todas esas fórmulas en un prontuario, todavía no para niños pero sí para bachilleres, que alcanza ya el medio centenar de ediciones generosamente distribuidas por Siglo XXI.

Que todo aquello se haya convertido en una nueva cárcel mental es otro asunto que aquí no trataremos.

El posmodernismo no nos libera hoy de un tipo de marxismo frente a otro anterior ni de un más elevado estadio de racionalidad frente a otro más bajo; nos libera nada menos que de la supuesta supremacía del pensamiento armonioso y autocentrado de Occidente que fue presentado en su manera más acabada por los pensadores de la ilustración y por el marxismo (ya se trate del concepto de mercancía, de verdad, de revolución, de justicia, de enciclopedia, de ciencia, de técnica, de progreso o de belleza).

II

Lo que esta propuesta nos dice, y que nos ha fascinado como latino-

americanos, es que no solamente no existe una contradicción principal, *un eje* y un plano en torno de los cuales se ordena el resto en sus distintas etapas sino que *no hay centro y no hay sentido*; es decir que la idea de progreso, de ir hacia algo mejor, superior, es una autoinvención de Occidente, puesta en entredicho a cada momento por algo que le es exterior:

a) Primero, porque ha tomado distancia la cultura que acompañó al modernismo —la pintura, la literatura, la música y la poesía— con respecto a la sociedad industrial-urbana, consumista y racionalista: esa cultura dejaba de ser como lo había sido desde el Renacimiento según Daniel Bell, la mimesis decorativa de esa sociedad. Así, capitalismo y modernismo cultural se separan y se atacan hasta que la *Vanguardia* de estas posiciones críticas y sus obras son recuperadas por el sistema que había sido supuestamente ridiculizado y hacen su entrada a los museos; son domados, institucionalizados, fosilizados.

b) Después, el golpe dado a lo autocentrado-armonioso y al progreso etapista por la miseria del socialismo real que en nada, salvo en el redoblamiento del poder del Estado y del armamentismo, demostró ser un pasaje a algo superior y una etapa más racional del hombre frente a la naturaleza y frente a sus semejantes. La exterioridad entre socialismo y capitalismo se evapora y con ella la ilusión de un sentido de la historia, ya no digamos un sentido progresivo de la historia.

c) Acto seguido o concomitante: la ciencia y la técnica, credenciales de verdad y justicia del hombre racional y de la idea de progreso, són declarados instrumentos de la dominación, racionalizaciones del poder, mistificaciones que han permitido el distanciamiento de las instituciones y las élites especializadas con respecto a la praxis cotidiana, han defendido sus propias prerrogativas y, en esa medida, han organizado su actuación con respecto a fines particularistas. ¿Qué, si no otra cosa, demuestra el fracaso de los pretendidos avances científico-técnicos para sacar de la miseria a enormes y crecientes agregados de la humanidad?

“Los pensadores de la ilustración con la mentalidad de un Condorcet, nos dice Habermas, aún tenían la extravagante expectativa de que las artes y las ciencias no sólo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y del yo, el progreso moral, la justicia de las instituciones e incluso la felicidad de los seres humanos. El siglo xx ha demolido este optimismo. La diferenciación de la ciencia, la moral y el arte ha llegado a significar la autonomía de los segmentos tratados por los especialistas y su separación de la hermenéutica de la comunicación cotidiana. Esta división es el problema que ha dado origen a los esfuerzos para negar la cultura de los expertos. Pero el problema subsiste. ¿Habríamos de tratar de asirnos a las intenciones de la Ilustración, por débiles que sean, o deberíamos declarar a todo el proyecto de la modernidad como una causa perdida?”* Habermas contestaría a

* J. Habermas, “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Foster, Habermas et al., *La Posmodernidad*, Barcelona, ed. Kairós, 1985, p. 28.

su pregunta con un alarde de optimismo: se debe emprender la tentativa de poner bajo control las relaciones espontáneas entre progreso técnico y mundo social de la vida, a través de una discusión políticamente eficaz dirigida a los agentes políticos; en otros términos, inducir a la formación política de una voluntad colectiva ligada a una discusión general y libre de dominio en busca de unos fines sociales reflexionados que deben tomar las riendas de la mediación entre técnica y democracia (“Progreso Técnico y Mundo Social”). ¿Se trata, para Habermas, de una solución vía un nuevo estadio racional del hombre? También para Touraine, cuando nos habla de la sociedad posindustrial, ha quedado descartada la idea de determinantes extra sociales de la vida social (sea la economía, la religión o cualquier otro garante explicativo externo); en el nuevo estadio “la sociedad se produce a sí misma”, dice Touraine “en la interacción conflictual entre la clase dirigente y la clase popular que siempre tratarán de apropiarse del control de la historicidad, es decir, del control de la orientación global del desarrollo y del modelo cultural de una sociedad”. No cabe duda, la idea de un sentido de la historia hacia etapas superiores sigue siendo el eje, la guía, aunque ya sin determinación exterior alguna, por supuesto.

III

d) Pero por más que se rompa con una serie de “ataduras”, de garantías metasociales y se desvista la función de poder de la ciencia, la técnica y otras instituciones, los teóricos de las ciencias sociales no pueden renunciar a una etapa futura mejor, renunciar a la idea de sentido de la historia, porque al hacerlo tendrían que renunciar también al contenido humanista, al principio de que la historia está o debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de los hombres y a un orden que potencie la expresión de sus cualidades más elevadas. Y es que no puede haber hombre sin una filosofía humanista ni sociedad sin hombres.

Fue la arquitectura, sin embargo, la que sí pudo hacerlo, la que propuso fríamente, a partir de los setenta la *desconstrucción* de la modernidad, de la idea encarnada sobre todo en *Le Corbusier*, según la cual el espacio debía estar en función del hombre; ayudaba el argumento de que estas intenciones arquitectónicas originales, “humanizar el diseño”, habían sucumbido al mercado y devenido “urbanismo” y especialización universitaria, dogma e industria en serie: una reafirmación de las jerarquías con sus condominios, multifamiliares, unifamiliares, residencias, edificios de las corporaciones, etcétera.

Será entonces la forma la que condicione la función, y dado que también el reproche al modernismo se finca en su olvido de los estilos y las épocas premodernas “el elemento característico de esta corriente, nos dice Luis Gómez, es la producción de una especie de *collage* de formas y de épocas de manera irreverente, irónica y arbitraria que finalmente revela

más de eclecticismo, *de ausencia de proyecto y de futuro*, que de una intención buscada conscientemente. Al banalizar el pasado, haciendo referencia a él de manera descontextualizada y solamente encimada, el Posmoderno resulta una concepción literalmente premoderna, particularmente al carecer de una visión global como corriente, como escuela; no parece interesada en producir una nueva síntesis que se proyecte hacia el futuro. Es de alguna forma la arquitectura del *no future*".*

Es así como a través de la arquitectura y el urbanismo se logra hacer una propuesta que en ciencias sociales hubiera aparecido como cínica: romper con la idea de una historia asociada a la evolución, el desarrollo, el progreso, la superación y, naturalmente asociado a la búsqueda de un orden mejor para la mayoría de los hombres.

IV

No cabe duda, pues, de que este estallido de la centralidad, del sentido de progreso, conduce directamente al *collage*, al *kitsch*, a la idea de coexistencia desordenada de lógicas que se anulan unas a otras, a una heterogeneidad en el sentido más estricto en donde, diría Foucault, acaba la Historia con mayúsculas y se abren las historias múltiples, y el poder estalla en espacios microfísicos, descentrados, desdeterminados.

Entendemos entonces por qué lo planteado por la posmodernidad congenia tan bien con el pensamiento social latinoamericano. Para recordar lo más obvio: vivimos en una región estancada e incluso económicamente decreciente en el último cuarto del siglo xx; es más, para resumir con los términos de Alain Touraine: en una región donde las elevadas tasas de crecimiento económico del tercer cuarto del siglo no hicieron sino polarizar a la sociedad al generar una exclusión radical de las amplias masas respecto a los beneficios del desarrollo, debido a una bajísima capacidad de absorción del sector tradicional por el sector moderno transnacionalizado.

Tenemos entonces que entre un obrero calificado y la gran masa de los trabajadores hay una enorme distancia y lo mismo sucede con todas las otras categorías socioprofesionales. Así, el término hegemonía, tan caro al modernismo y, sobre todo, la idea de una clase hegemónica triunfante frente al pasado y que ordena alrededor de su papel dirigente al resto de lo social, lo cultural e incluso al Estado, fue totalmente ajena a los latinoamericanos y hoy prácticamente no nos referimos más a ella. Hablamos más bien de heterogeneidad, desarticulación, multidimensionalidad, dualización, etcétera, y esto es obvio ahí en donde los actores sociales establecen identidades sumamente frágiles, transitorias; en donde las alianzas para la acción involucran grupos sociales, liderazgos y orientaciones ideológicas

* Luis Gómez, "Desconstrucción o nueva síntesis...". Ponencia presentada al XX aniversario de CLACSO, Buenos Aires, octubre de 1987.

de un amplísimo espectro, a veces irreconciliable entre sus extremos, y condenadas por tanto a la discontinuidad; una América Latina que vive el desmantelamiento de su sobredesarrollado sistema político o de representaciones (partidos, parlamentos, sindicatos...); un sistema político que no correspondía y no representaba en realidad a actores, clases o fuerzas sociales bien conformados, porque nunca los ha habido, pero que con la crisis económica y el fin del Estado populista benefactor, ha estallado en pedazos ya sin recursos para cumplir sus más mínimas promesas, ya sin medios para manipular; de manera que detrás de su apariencia de unidad, de convergencia política y homogeneidad cultural vemos aparecer una microfísica de las luchas y de las manifestaciones sociales.

Vemos cómo, por ejemplo, la distancia entre partidos políticos y luchas sociales se agranda y éstas tienden a recrearse en "identidades restringidas", comunidades de base (la colonia, el barrio, la coalición de ejidos, juntas de vecinos, comités de mujeres, bandas juveniles de defensa ante la crisis, comités de defensa popular, comités de abastecimiento, luchas municipales...), formas de acción pragmáticas en sus planteamientos, orientadas a la solución de problemas más cercanos a la vida cotidiana y no a las grandes soluciones para toda la nación dentro de veinte años; más gradualistas y reformistas que tendientes al cambio violento; desideologizadas para evitar confrontaciones, reticentes a las representaciones piramidales, y a las grandes explicaciones economicistas y academicistas así como a las propuestas de toma del poder aquí y ahora, etcétera.

La vida social, política y cultural de América Latina aparece así estallada, rota en su principio desarrollista y de progreso, cada vez más lejos de la idea de hegemonía (social o estatal), y de la idea de un partido que la articule. Así, las luchas sociales y las manifestaciones políticas y culturales se ven atravesadas por una infinidad de dimensiones, ejes o lógicas, como se quiera, contradictorias las más de las veces, que por momentos parecen recrear identidades restringidas y democracias defensivas en el ámbito comunitario; en otras ocasiones, o incluso en un mismo impulso, se les ve precipitarse detrás de las reiterativas convocatorias dirigidas a las masas desde el Estado en busca de la movilización popular y nacionalista; coexistir con aspiraciones clasistas de pretensión hegemónica y adoptarlas por momentos, o, en el colmo de la confusión, mezclarse con los valores de la sociedad mejor integrada al desarrollo, antiautoritaria y pretendidamente pluralista asentados en las pautas de consumo estadounidenses, en el individualismo posesivo y el triunfo de la técnica medido por el acceso a una computadora personal o a una antena parabólica. En este sentido, América Latina es posmoderna sin ser nunca moderna.

Pero dejemos hasta aquí el punto, pues parece obvio que las nociones de centralidad y de sentido comienzan a perder fuerza en América Latina y con ellas las ideas-fuerza que en muchos casos han sido voluntarismos intelectuales: progreso, clase, hegemonía, Estado, partido, desarrollo del capitalismo...

V

e) En medio de este panorama en demolición, otro componente del posmodernismo tendrá una pertinencia asombrosa para los latinoamericanos: se declara a la cultura popular como fuente exterior privilegiada de crítica y se finca su fortaleza en su *irracionalidad*:

“Convertido en un rito, el arte posee la racionalidad de la negación” recuerda Daniel Bell citando a Marcuse, y agrega: “Hoy paradójicamente, la única corriente cultural de la negación como una forma *irracional*, es la cultura popular de la sociedad, una cultura que ha roto todos los límites, que se alza contra los valores sociales tradicionales de Norteamérica y que es lanzada al mercado, desenfrenadamente y con éxito, por los proveedores del capitalismo y de la cultura de masas [...] el rock, con sus agudos metales y su crudeza invita a los jóvenes a sentirse indignados y desalentados ante el callejón sin salida del desempleo [...] Hoy, en la cultura de la *juventud* y sobre todo en el seno de la *clase baja*, no perdura ninguna inhibición, todo es admisible. En materia de sexo y de violencia, los apetitos de la juventud se han revelado voraces.”*

Es cierto que hay una identificación de los latinoamericanos y quizá de todo el Tercer Mundo respecto a la importancia de la cultura popular como fuente de crítica exterior a la cultura reconocida como “superior” y, por ello, en constante fosilización. Sin embargo, en este punto, la identificación de lo latinoamericano y lo posmoderno puede ser engañosa: los países capitalistas postindustriales viven lo popular y lo pobre como un *entorno* exterior amenazante pero minoritario, confinado a una periferia atrasada incapaz de modernizarse o, lo que es lo mismo, viven lo popular como islotos minoritarios —deprimidos— en el interior de la metrópoli, relacionados por lo general con los inmigrantes, la negritud, o las regiones atrasadas. Todo ello sirve naturalmente como fuente privilegiada del arte, deviene objeto artístico y es incorporado al gran consumo de la sociedad integrada una vez que ha sido vaciado de ciertos contenidos repulsivos para la posmodernidad, como la politización, y el individuo posmoderno queda absuelto de culpa, pues cuando, debido a la obra de destrucción, las partes de lo que era un todo ya no existen relacionadas entre sí, este individuo queda librado de la conciencia molesta de que lo pobre tiene que ver con [está indisolublemente ligado a] lo rico, el nordeste con São Paulo Chiapas con la ciudad de México..., el Tercer Mundo con el Primer Mundo; Vietnam y Camboya con Estados Unidos; Irán y Líbano con Europa.

El aspecto más perturbador del posmodernismo desde un punto de vista académico, nos dice Frederic Jameson, es “la erosión de la vieja distinción entre la cultura superior y la llamada cultura popular o de masas [...] A muchos de los más recientes modernismos les ha fascinado pre-

* Daniel Bell, “La vanguardia fosilizada”, en *Vuelta*, núm. 127, junio de 1987, p. 33.

cisamente todo ese paisaje de publicidad y moteles, los desnudos de las Vegas, los programas de variedades y las películas hollywoodenses de la serie B, de la llamada paraliteratura".*

Ahora bien, la idea de lo popular, de pobreza y de pueblo tal como aparece en la propuesta posmoderna, es decir, como algo supeditado, exterior, circundante de gusto prosaico, vulgar, *kitsch* pero a final de cuentas recuperado, reintegrado en el pleno de la cultura, resulta una propuesta artificial en América Latina. En esta región, lo popular, como resultado de la crisis de modernidad y la retirada de Occidente, aparece en ascenso, en expansión espectacular y no es posible hacer referencia a él como algo *adlater*, externo, periférico. El pueblo y la pobreza generalizada invaden al centro de las sociedades latinoamericanas, toman la vía pública, los cruceros más transitados, las plazas, el *campus*, las oficinas relacionadas con la gestión social... Quizá nos encontramos ante el mismo fenómeno que está expulsando a Occidente de Irán y de Líbano, que hoy vuelve irrisoria la pretensión que tuvieron los colonizadores ingleses de modernizar la India...

Con estas referencias a lo popular no estamos sugiriendo que nos encontremos ante un *sujeto* colectivo en ascenso o que estamos presenciando alguna especie de movilización de una clase popular con alguna organización potencial y algún sentido histórico; no. En efecto, lo que vemos ante nuestros ojos es una crisis de progreso y de futuro en un mar de manifestaciones sociales populares, clasistas, comunitarias, modernizantes, nacionales, regionalistas, etcétera, que se contradicen, coinciden, se anulan... Pero esta profusión no debe hacernos pensar que el fenómeno más importante de esta región, el ascenso de lo popular en la vida cotidiana, ha de ser tratado como una manifestación secundaria, apenas recuperable en otro plano, recodificada culturalmente o que estemos obligados a pensarla como algo desconstruido. No parece justificado asociar la crisis de sujeto histórico, de clase, de partido, de progreso con el inmovilismo, pues esto sería una lectura negativa, elitista y culturalista de la posmodernidad. Cuando decimos *ascenso de lo popular en América Latina*, estamos hablando de un sentido de estas sociedades hacia algún lado. Parece ser nuestra obligación entonces entender de qué sentido, o sentidos, se trata, en torno a cuáles identidades (a qué actores colectivos) se desenvuelve esta dirección difusa, qué adversarios se están definiendo e incluso preguntarnos si el cambio (cambios) y la dirección (direcciones) o digamos el movimiento (movimientos) que tenemos ante nuestros ojos deberá necesariamente articularse en aparatos, partidos, organizaciones o identidades tal como creemos hasta ahora que ha sucedido y debe suceder o si esos cuerpos y formas organizativas no son sólo imposiciones arbitrarias, intelectuales muchas veces, herencia cultural o voluntarismo político. Como dice Alan Touraine refiriéndose a la difícil relación que priva en

* Frederic Jameson, "Posmodernismo y sociedad de consumo", en Foster, Habermas *et al.*, *La Posmodernidad*, Barcelona, ed. Kairós, 1985, p. 166.

América Latina entre organizaciones políticas y reivindicaciones populares: “¿No será un mito peligroso esta imagen de un grupo consciente y organizado? ¿No será una manera de identificar una vanguardia política e intelectual de manera arbitraria con el grupo social en nombre del cual actúa y habla?” *

VI

Aquí hay un punto importante: es obvio que la multidimensionalidad y la profusión de la acción social es propia de los países subdesarrollados, duales y desarticulados y también es propia de la sociedad posindustrial (movimientos regionales, ecologistas, feministas, antirracistas, homosexuales... y se expresan igualmente en esas lógicas diversas de funcionamiento heterogéneo que desgarran a las sociedades democráticas, creando autonomía e incompatibilidad de sus estructuras entre el igualitarismo, la eficiencia y el hedonismo, como dice Daniel Bell). Pero Gilles Lipovetsky tiene razón cuando argumenta que “El análisis de la sociedad moderna en términos de disyunción de distintos órdenes no es más que parcialmente exacto; y es que si dejamos de lado una temporalidad más larga, podríamos olvidar que *modernismo artístico e igualdad*, lejos de ser discordantes son parte integrante de una misma cultura democrática individualista... “Llegamos entonces a un punto central en donde queda claro que el modernismo, y en consecuencia el posmodernismo, son fenómenos no separables de un principio *igualitario* básico en donde lo popular, lo pobre, el soguzgamiento está en retirada (asunto diametralmente opuesto a la condición latinoamericana). Lipovetsky lo expresa con claridad en su discusión con Bell: “La igualdad no cesa de extenderse y no solamente frente a la ley, el sufragio universal, las libertades públicas y también en la igualdad sobre los medios (igualdad de oportunidades, de derechos sociales relacionados con la instrucción, la salud, la seguridad económica), e incluso igualdad de los resultados (exámenes especiales para minorías con el fin de remediar la desigualdad de oportunidades, participación de todos en las decisiones sobre los hospitales, las universidades, los periódicos, los barrios), es la edad de la democracia de la participación [...] Para nada en contradicción con el orden de la igualdad, el modernismo es la continuación por otros medios de la revolución democrática y de su trabajo de destrucción de formaciones heterónomas. *El modernismo* instituye un arte separado del pasado, soberano de sí mismo *es una figura de igualdad, la primera manifestación de la democratización de la cultura* incluso si aparece con los rasgos elitistas de un arte separado de las masas.” * Se trata de un elitismo cultural hecho posible por una sociedad con tendencias a la igualdad, pero América Latina vive la tendencia con-

* Alan Touraine, *Actores Sociales y Sistemas Políticos en A.L.*, Santiago de Chile, PREALC-OIT, 1987, p. 92.

* Gilles Lipovetsky, *L'Ere du Vide*, París, Gallimard, 1983, pp. 95-98, “Modernismo y Posmodernidad”.

traría en donde lo popular, lo desigual, lo periférico son y comienzan a imponerse como el aspecto “central”, en donde la idea de lo difuso-estancado “articula” el análisis: ¿será este dato paradójico lo que da carta de legitimidad al posmodernismo en América Latina y, por qué no, también en el mundo?

VII

Quiero recordar, en fin, que las coincidencias de lo latinoamericano con las tesis del posmodernismo no existen y son incluso contradictorias en un punto: aquel que tiene que ver con el espacio enorme y ya injustificado que el individuo y el individualismo ocupan en todas las manifestaciones de las sociedades postindustriales. Esa nueva fase del proceso de personalización que Gilles Lipovetsky ha descrito admirablemente cuando recuerda que (lo cito ampliamente), “hasta una fecha en realidad reciente, la lógica de la vida política, productiva, moral, escolar, consistía en sumergir al individuo en reglas uniformes [...] en ahogar las particularidades ideosincráticas en una ley homogénea y universal, ya sea la ‘voluntad general’, las convenciones sociales, el imperativo moral, los reglamentos fijos y estandarizados, la sumisión y la abnegación exigidas por el partido revolucionario”. Sin embargo, con el proceso de personalización, el individualismo experimenta un nuevo estadio que los sociólogos americanos han calificado como narcisista: “símbolo del pasaje del individualismo limitado al individualismo ‘total’, símbolo de la segunda revolución individual [...] Qué otra cosa si no, expresa esa forma de individualismo con sensibilidad más bien psicológica, tolerante, centrada sobre la realización emocional de sí mismo, ávido de juventud, de vida deportiva, de ritmo, menos preocupada por el éxito en la vida que por los logros en la esfera íntima [...] Sociedad posmoderna, manera de decir que el individualismo hedonista y psicoanalizado se ha vuelto legítimo [...], que la era de la revolución, del escándalo, de la esperanza futurista, inseparable del modernismo, se acabó [...] Cultura posmoderna, búsqueda de la calidad de la vida, pasión de la personalidad, sensibilidad verde, desafección de los grandes sistemas de sentido, culto de la participación y de la expresión, moda retro, rehabilitación de lo local, de lo regional, de ciertas creencias y prácticas tradicionales [...] Imposible que alguna ideología inflame aún a las masas, la sociedad posmoderna no tiene más ídolos ni tabúes; tampoco imagen gloriosa de sí misma ni proyecto histórico movilizador; es el vacío que nos rige [...] una sociedad flexible fundada en la información y la estimulación de necesidades, el sexo, la cultura de la naturaleza, de la cordialidad y del humor [...] sin constreñimientos, con todas las opciones privadas imaginables [...], cuyas instituciones se hacen depender de las motivaciones y deseos, incitan a la participación, acondicionan el empleo del tiempo libre y los placeres, manifiestan una misma tendencia a la humanización.” *

* Coeficiente de explotación: relación de gastos a ingresos.

Imagen demasiado idílica ésta que nos presenta Lipovetsky, sin duda, pero suficientemente nítida para entender lo que podría denominarse el “tipo ideal de la posmodernidad”. A alguno de esos rasgos podemos apelar si queremos identificar al fenómeno posmoderno en la América Latina, pero no al que articula a todos ellos: el proceso de individualización o personalización.

Aquí también, a pesar del beneplácito hacia esos valores de aquella parte de nuestras sociedades que está mejor integrada al desarrollo y al consumo, la enorme masa de la población latinoamericana experimenta otras tendencias, sin duda opuestas a las presentadas en el anterior paradigma. ¿Cómo afirmar por ejemplo que la juventud latinoamericana paupérrima, es decir, la gran mayoría de los jóvenes de la región, tiende hacia un proceso de personalización, va hacia lo que pudiéramos llamar una personalidad individual, si en los hechos se ve cada vez más obligada a subsistir gregariamente, a convivir en bandas que se enfrentan entre sí; cómo hablar de proceso narcisista si el joven se mueve en un terreno sumamente agresivo, en donde el peligro viene tanto de los otros agrupamientos juveniles como de la policía al punto que ha renunciado a cultivar una personalidad individual y sabe que aislado está perdido y que tiene que asociarse para sobrevivir. Hablar de salud, goce de la vida, cultivo del cuerpo y deporte, vida sexual plena, cuidado de la naturaleza, información... estimulación de las necesidades, resulta una ironía más bien cruel en donde lo que priva es el embrutecimiento provocado por los fármacos, el “cemento”, las golpizas, las violaciones, los estudios truncados e incluso el alejamiento de la familia y de las otras instituciones de la sociedad integrada. Dos millones de jóvenes mexicanos intentaron este año cruzar la frontera norte sin éxito, y es natural si tomamos en cuenta que ocho millones de nuevos demandantes de empleo, accederán al mercado de trabajo en los próximos cinco años sin lograr su objetivo pues esto tendrá lugar en una economía que se mantendrá estancada o decrecerá incluso en lo que resta del milenio.

Aquí está el punto de más significación de lo posmoderno para América Latina: fuimos pretendidamente modernos (proto modernos) mientras subistió la esperanza de que el entorno paupérrimo y tradicional sería transformado en alguna versión no muy adulterada de la metrópoli. Hoy comenzamos a vivir con la certeza de que esto no será posible y abandonamos la ilusión cultural de que habrá una nueva etapa mejor, un nuevo desarrollo (como el “espalda mojada” regresa a su tierra y se vuelve posthabitante de los *States*). Pero hay algo peor, el shock tiene una implicación más profunda y es la evidencia de que incluso siendo exitosos en el aumento del PIB, en el combate a la inflación, en la reconversión industrial, educativa, etcétera; la exclusión social, política y cultural, la dualización socioeconómica y el aumento de la pobreza no cambiarán sus tendencias; la certeza, pues, de que a mayor desarrollo mayor exclusión, y no hay más que echar una mirada a México o a Brasil.